



SERIE BARBARIANS

BARBARIAN
LOVER

RUBY DIXON

Matchstories

Barbarian Lover

Ruby Dixon

Traducción de Vera Lubinka Andaluz Herrera

The logo for Matchstories, featuring a stylized heart symbol followed by the word "matchstories" in a lowercase, sans-serif font.

Título original: *Barbarian Lover*

© Ruby Dixon, 2015, 2022

Publicado con acuerdo del autor, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC., Armonk, Nueva York, EE.UU.

© por la traducción, Vera Lubinka Andaluz Herrera, 2023

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2023

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2024

Esencia es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

© de las imágenes del interior, Candycatdesigns / Shutterstock

Primera edición: enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28271-6

Depósito legal: B. 20.837-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Kira



El sonido húmedo del sexo y los gemidos de una mujer llegan hasta mí desde dos cuevas más allá.

—¡Ah! Sí, Dios, eso... —suspira Nora—. Azótame así.

Un golpe suave hace eco en mi traductor, que trato de cubrir con ambas manos ahogando un chillido. Intento ponerme de lado y espachurrarlo contra la almohada de retales que me cosí, pero solo logro introducirlo más en el canal auditivo, y eso me provoca un dolor agudo que me atraviesa el cráneo. Entonces, me tumbo bocarriba y me quedo mirando fijamente el techo rocoso de la cueva de las solteras.

—Así, así, mi bestia caliente, grande, fuerte... —aúlla Nora otra vez.

—Nnnnggggssss —responde su bestia caliente, grande, fuerte, también conocido como Dagesh.

Para colmo de males, oigo las risitas de otra mujer, y luego Stacy y Pashov —quienes, debido a la falta de espacio, comparten cueva con Nora y su pareja— empiezan con lo suyo.

Puaj.

Odio este aparato, lo odio, lo odio, lo odio. Me aprieto la almohada contra la cara, ignorando los pelillos que se me pegan a los labios. No estaría tan mal si se limitara a reproducir las conversaciones en estéreo. Pero no. Además, amplifica cualquier ruido. Por lo tanto, escucho cada cachete en la nalga, cada gemido, cada gruñido, cada beso..., todo.

Y las cuevas de la tribu están repletas de gente apareándose. Cuando nos quedamos atrapadas aquí, tuvimos que aceptar lo que los aliens llaman un khui. Se trata de un simbiote que nos permite vivir en este planeta sin que la atmósfera nos mate. Y, como es más que evidente, uno de los efectos secundarios del khui es que él decide con quién y cuándo te apareas, y no hay forma de evitarlo.

Considerando que en la tribu de extraterrestres, conocidos como sa-khui, los hombres superan por cuatro a uno a las mujeres, no me sorprende que los coitos se sucedan uno tras otro. Y, de las doce supervivientes humanas que acabamos aquí, seis se han emparejado.

Yo... no soy una de ellas.

A veces es difícil no sentirse rechazada porque mi khui guarde silencio. Cuando este encuentra a tu pareja perfecta comienza a vibrar. Es un poquito parecido a un ronroneo, pero melodioso. Los aliens lo llaman *resonar*, y un macho solo resuena con su hembra y viceversa. Y a pesar de ser un emparejamiento instantáneo, todos los que se han juntado hasta ahora son dichosos. Georgie adora a su alien, Vektal, el líder de la tribu. Mi amiga Liz protege a su pareja, Raahosh, con uñas y dientes. Stacy y Marlene, e incluso la llorona y miedosa Ariana, aman a sus hombres. Y está claro que a Nora le gusta su pareja, tal y como demuestran los sonidos de esos azotes lascivos.

Las chicas «sobrantes» (alias «las sin pareja») vivimos juntas en una cueva. Yo tuve la buena fortuna de quedarme el rincón con cortina, que me da algo de privacidad, aunque no consigue amortiguar los sonidos. Aún lo escucho todo... y también oigo a las que se escabullen para hacer alguna visita furtiva, como está haciendo Claire en este mismo instante.

Claire es una de las chicas de los tubos, así que no la conozco tan bien como a algunas de las otras. Cuando nos abdujeron los extraterrestres, mantuvieron a muchas en hibernación dentro de unas cápsulas incrustadas en la pared, inconscientes de lo que sucedía a su alrededor. Al resto de nosotras (Liz, Georgie, yo y otras cuantas) nos reservaban una sucia y abarrotada bodega en la que vivimos durante

semanas. Cuando estás en una situación como esa, los lazos que creas con quienes te acompañan son muy fuertes, y las extraño. No conozco tanto a Claire. No pasé días abrazada a ella para compartir el calor ni derretimos nieve juntas para tener algo que beber. En cierto modo, casi guardo rencor a las de los tubos porque, mientras las demás pe-ná-bamos por subsistir, ellas lo tuvieron más fácil. Por supuesto, no es culpa suya, y están tan conmocionadas y traumatizadas por la abdución extraterrestre como la que más; solo que nosotras lo pasamos peor más tiempo.

Evoco la imagen de Claire. Es bonita, con una melena suave, sedosa, de cabello rubio platino con un corte *pixie* que enmarca su carita a la perfección. Tiene un carácter tranquilo, y no es proclive al llanto, como Ariana. Y no ha resonado.

No tengo ni idea de por qué se escabulle para acostarse con uno de los aliens. No sé con quién, pero el asunto me atañe, en cierto modo. ¿Acaso la han presionado? ¿La habrán hecho creer que debe entregar su cuerpo para estar a salvo? ¿Es que las chicas temen rechazar a los solteros, que son demasiado directos?

Hago una nota mental para hablar con ella por la mañana. Me siento responsable de mis compañeras. Fui la primera a la que dejaron salir, de manera que es como si fuera la mayor. Aunque Georgie es nuestra líder no oficial, yo soy como una madre, y me preocupa que se aprovechen de ellas. La verdad es que, a pesar de que la gente de Vektal nos ha recibido con los brazos abiertos, seguimos siendo ajenas a sus costumbres y su mundo. Mantener cierta cautela nunca está de más.

Aprieto la almohada contra mi traductor para atenuar los ruiditos eróticos, que han comenzado de nuevo, y espero a que todos se queden al fin dormidos.



Tardo mucho en conciliar el sueño y me despierto amodorrada, con un bostezo. Como he dormido sobre el lado del traductor que me implantaron, me duele la oreja y estoy exhausta. Me arrastro fuera de la cama y voy a sentarme frente a la fogata que arde en el centro de la cueva de las solteras. Megan atiza con una vara el fuego en el que Claire asa pedazos de carne cruda. No hay muchos vegetales en este planeta de hielo, por lo tanto, nuestra alimentación se reduce a carne, pescado y más carne. Las únicas bayas que hemos encontrado se usan como jabón. En el almacén guardan batido de avena que reservan para los viajes, y hierbas para infusiones. Fuera de eso, es carne, carne, carne; a veces cruda, a veces cocinada, depende de las papilas gustativas de cada cual. Liz la prefiere cruda, como los cazadores, pero yo aún no me he atrevido a probarla. Soy una gallina.

Me siento al lado de Claire y levanto las piernas.

—¡Buenos días!

—En realidad, estoy bastante segura de que ya es buenas tardes —repite Megan, que examina la punta ardiente de su vara antes de volver a atizar el fuego. En general, Megan me parecía bastante optimista. Siempre hallaba palabras de aliento, sin importar cuán desoladora fuera la situación, pero, desde que llegamos a las cuevas de los aliens, la noto... retraída, callada.

Ella también me preocupa.

Sin decir nada, Claire me ofrece un palito y un gran plato de piedra repleto de trozos de carne cruda. Cautelosamente, ensarto algunos y los mantengo sobre las llamas para prepararme el desayuno.

—¿Tienes hambre, Meg? —pregunto.

—Meg se ha comido su parte cruda —responde Claire en voz baja. Megan esboza una leve sonrisa.

—Tu estómago es mucho más fuerte que el mío —le digo. No se me da bien animar.

—Si lo asas, no sabe a nada —responde Megan, removiendo el fuego otra vez.

No se equivoca. Con el khui en nuestro cuerpo, ciertas cosas de

nuestra fisiología están cambiando. Los olores nos resultan más débiles, lo que no está tan mal, dado que en el centro de la cueva hay una fuente termal que apesta a azufre. También los sabores han perdido intensidad. Los sa-khui comen su carne cruda y condimentan mucho sus provisiones de viaje. Algunas humanas se han adaptado; nosotras, no.

Acerco mi brocheta a las llamas.

—Aehako pasó por aquí esta mañana —comenta Megan, con el palo entre las brasas.

—No me interesa Aehako —digo recalcando mucho las palabras, y después empiezo a desayunar.

—Pues a él le interesas tú. —Se gira a mirarme—. Si te apareas con él, al menos tendrás tu propia cueva.

Mi frente comienza a fruncirse.

—No he resonado.

—Eso no quiere decir que no podáis acostaros. —Megan está seria.

La propuesta me ha pillado por sorpresa.

—No voy a dormir con un tipo solo porque me conseguiría una cueva. Además, ¿adónde iríamos? ¡No quedan más libres! —Señalo a nuestro alrededor—. Hasta hay algunos durmiendo en los almacenes...

Ella se encoge de hombros.

—Puede que no sea tan horrible dejar que un alien te mime un poco, como Vektal a Georgie. Y Aehako es agradable.

Siento mi cara sonrojarse por la vergüenza. Aehako es amable y atractivo... para ser un alien. Y coqueto. Pero no he resonado con él, así que nada de eso importa. Y aunque Megan crea que Vektal protege a Georgie, ella es capaz de cuidarse solita.

Y, de todas formas, resonaron uno con el otro, son pareja y están unidos para siempre, y Georgie está embarazada.

Claire no ha abierto la boca en todo el rato, pero la conversación sobre hombres me ofrece la oportunidad que necesito para sacar el tema. Me trago otro pedazo de carne desabrada y dirijo a Megan una mirada para pedirle que se retire un poco. Ella se levanta y se dirige a

su cama, se envuelve en sus mantas y se vuelve hacia la pared. Tendré que lidiar con eso también, creo. Pronto.

De momento, toco el brazo de Claire.

—¿Podemos hablar?

Un gesto de recelo se dibuja en su rostro de duendecillo. Asiente.

Señalo el traductor que sobresale de mi oreja: es como una concha marina de metal.

—Te he contado ya para qué sirve, ¿no?

Claire asiente de nuevo.

—¿Mencioné que me permite oír un montón de cosas? ¿Más de las que alguien normal escucharía?

—¿Como qué? —Su voz es solo un murmullo. Me inclino hacia ella.

—Como a chicas sin pareja que se escapan para ir a visitar a hombres en plena noche.

Roja de furia, se pone en pie de un salto.

—¿Acaso te crees que eres mi madre?

—¿Qué? Yo... ¡No! Solo...

—Soy una mujer adulta —protesta, con los puños apretados. Por un momento, creo que va a pegarme.

Su enfado me ha sorprendido tanto que no soy capaz de reaccionar.

—Qué pasa por tener sexo sin compromiso... Puedo hacer lo que me dé la gana. ¡Y discúlpame si trato de encontrar un poco de puto consuelo en esta terrible situación!

—Claire, por favor, solo quiero asegurarme de que estás bien, de que nadie te obliga a nada.

—No todas somos unas mojigatas presumidas como tú. —Resopla. Arroja su carne al fuego, entera, y después sale a toda prisa de la cueva.

Allí me quedo yo, ligeramente boquiabierto. Guau. Mis sentimientos están un poco heridos, pero, sobre todo, me ha asombrado ese arrebatado de violencia en una persona tan tímida y pequeña.

«No todas somos unas mojigatas presumidas como tú.» Ay.

—Ha ido de maravilla —comenta Megan desde su cama, girándose hacia mí.

—¿Qué le sucede?

—Lo mismo que a todas las rechazadas. Solo trata de encontrarse a sí misma.

Sus palabras me provocan un estremecimiento.

—No nos han rechazado.

Ella se encoge de hombros.

—No hemos resonado, es imposible no sentirse un poco rechazada por eso.

También yo me siento así, pero... sé por qué no he resonado.

—No te desanimes —le digo—. Si quieres formar una familia, estoy segura de que resonarás con alguien tarde o temprano. La curandera ya nos advirtió que a veces estas cosas llevan su tiempo.

Lo cual explica por qué no resueno, pero me guardo esa idea para mí.

Megan resopla con suavidad.

—Sé por qué no he resonado, Kira. No hace falta que te esfuerces para hacerme sentir mejor.

—¿A qué te refieres?

Se incorpora en su nido de pieles y, durante un breve instante, una sombra de una inmensa tristeza oscurece su rostro.

—Estuve embarazada, ¿recuerdas? —Se lleva la mano al vientre—. Lo aspiraron como si nada. Y lo cierto es que no fue planeado. Solo una noche tonta en un club que terminó en sexo casual, ni siquiera sé cuál era el apellido del tipo.

Guardo silencio. ¿Quién soy yo para juzgarla? La vida que hemos dejado atrás parece ya un pasado remoto.

—Aún pienso en ello —susurra—. Todavía me pregunto... —Mira hacia otra parte y parpadea rápido—. Supongo que mi khui sabe que mi cuerpo no está listo para otro niño, así que tal vez me esté dando un respiro antes de tomar las riendas.

—Ah. —No sé qué más decir.

—Y Josie lleva un DIU... Creo que por eso no resuena. Quizá las otras chicas usaran algún método anticonceptivo. Empiezo a pensar que las que no resonamos simplemente no somos fértiles. —Me observa—. ¿Eso es lo que te pasa a ti?

Niego con la cabeza.

—Oh... Pues sí. Josie no lo dice, pero tiene miedo de que alguien averigüe lo de su DIU y que no puede quedarse embarazada, no sabe cómo reaccionarían. No puedo culparla por tratar de integrarse.

Sigo callada. Josie se está esforzando muchísimo. Está aprendiendo a curtir, a tejer, y todo cuanto se le ocurre. Yo pensé que era solo porque tenía mucha energía que canalizar. Dios, qué despistada soy. Obviamente está asustada, todas lo estamos.

A estos aliens les interesamos por lo que representamos: somos úteros, somos la posibilidad de una familia. Si no podemos darles eso..., ¿en qué momento dejarán de alimentarnos y de alojarnos?

De pronto, los muros de la cueva se me antojan muy estrechos y sofocantes.

Respiro con dificultad.

—Creo que... necesito un paseo —le digo a Megan.

He de salir de aquí, comienzo a sentirme atrapada. Las paredes se me están viniendo encima. ¿Es que hemos cambiado un cautiverio por otro?

¿Qué harán cuando descubran que soy estéril? Que mi apéndice reventó cuando era niña, infectó mis ovarios y nunca podré tener hijos.

¿Qué pasará conmigo?